

No hay más que pérdidas

César Antonio Molina nos redescubre a un lírico clave en su altísima calidad: José Carlos Becerra

DIEGO DONCEL

La colección «La rama dorada», dirigida por Mercedes Monmany, ha sabido construir uno de los catálogos más importantes de la edición de poesía en España. Siempre abierta al diálogo de la poesía española con la mejor tradición de la poesía en otras lenguas, no es extraño que nos presente ahora a un lírico de la valía de José Carlos Becerra, un poeta donde lo irracional o lo surreal son llevados a nuevas dimensiones.

Becerra ni siquiera tuvo tiempo de defender su propia obra. Muerto en 1970 a la edad de treinta y tres años, era ya entonces uno de los valores indudables de la poesía mexicana. Había formado parte de la antología *Poesía en movimiento*, había obtenido una beca de la Fundación Guggenheim y poetas de la talla de Octavio Paz o Lezama Lima destacaban su indudable calidad y su inteligencia. Además, José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid publicarían su poesía reunida en 1973 bajo el hermoso título de *El otoño corre las islas*.

Errancias y vacíos

Poeta de una fuerte capacidad imaginativa, autor de una de las mayores elegías escritas en nuestra lengua (*Oscura palabra*, escrita tras la muerte de su madre), la poesía de Becerra se sitúa en la crisis de los grandes relatos, pero para refundarlos y redefinirlos. El conjunto de su obra viene a demostrar hasta qué punto es imposible esa fe en el lenguaje como fuerza creadora, como vía de conocimiento, y cómo a partir de ahí el sujeto es solo una sucesión de fragmentos, de errancias y de vacíos. Todo en su poesía son pérdidas: la del paraíso de la infancia, la del amor o el sexo como fuerzas vitales, la pérdida de la capacidad del hombre contemporáneo para regresar a un lugar originario. Pérdidas que incluso afectan a la expresión poética y sobre todo a la utilización

del versículo (eso que no es prosa ni verso) lleno de sinuosidades y puntos de fuga en una clara tradición barroca.

No es extraño que la última poesía de Becerra revele un sujeto descentrado y fragmentario y que haga de la ruptura una forma de conciencia. El poema se convierte entonces en algo disociado, inacabado, en una tentativa. Su visión de la ciudad y de la nueva mitología pop como el sitio donde ese relato hecho de esquilras encuentra su expresión más acentuada es una de sus grandes aportaciones. Para Becerra, la ciudad industrial es el lugar donde percibir la soledad, la muerte, pero también donde volver a definir al hombre y a la cultura, es decir, donde plantear una nueva ética y una nueva estética.

Falso profeta

Por todo ello, la antología publicada por César Antonio Molina tiene un doble mérito. Redescubre a un poeta clave en su altísima calidad, y nos muestra de él una nueva lectura al despojarlo de algunas supersticio-

EN LOS VERSOS DE BECERRA LO IRRACIONAL O LO SURREAL SON LLEVADOS A NUEVAS DIMENSIONES

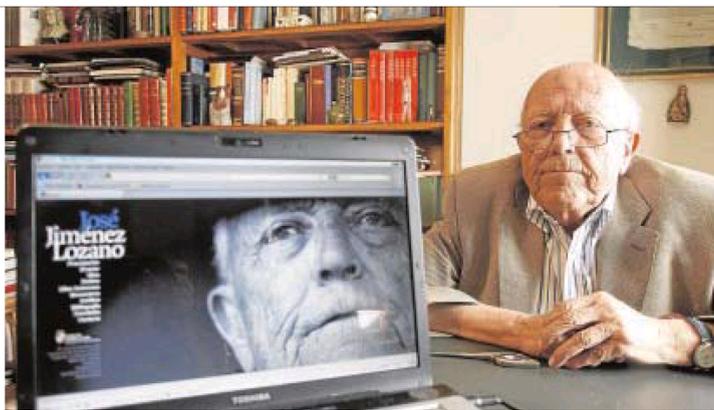
nes críticas que han acompañado la comprensión actual de su obra. Molina hace dialogar la poesía de Becerra con la modernidad y nos muestra, a la vez, cómo ese acercamiento a lo moderno es crítico, irónico, siempre dispuesto a abrirse a nuevos ámbitos. Siempre dispuesto a señalar nuevos derroteros.

En la base de la poesía de Becerra se encuentran algunas de nuestras preocupaciones de hoy, ese pasar de los males del individuo a los males de la colectividad, como señala acertadamente César Antonio Molina. Pero, también, como se escribe en el prólogo, la imposibilidad del hombre contemporáneo para crear un relato total: «El poeta es un fugitivo de sí mismo, es un falso profeta, es ese otro desconocido que es él mismo».

La isla y otros poemas. Poesía esencial José Carlos Becerra



Ed. de César Antonio Molina. Huerga & Fierro, 2016. 195 páginas. 20 euros



EFE / RICARDO SUÁREZ

Tiempo de liquidaciones

Jiménez Lozano continúa la escritura de sus «cuadernos». Una perfecta radiografía de los males de nuestra época

J. A. GONZÁLEZ SAINZ

«Siempre es una delgada película la que nos separa de la barbarie», escribía José Jiménez Lozano en el primer tomo de sus cuadernos de notas. Estábamos entonces en 1973 y el volumen, hoy inencontrable, llevaba por título *Los tres cuadernos rojos*. Fue el primero de una insólita serie de libros de anotaciones y comentarios a cuya última entrega, tras la espléndida de *Los cuadernos de Rembrandt*, ahora asistimos: *Impresiones provinciales*, sus cuadernos del 2010 al 2014.

Siete tomos con este último y cuarenta años después, el cometido del autor no ha variado en ellos al ápice: observar, desde un pequeño rincón del mundo de la vida, sin las veladuras y anteojeras que no caemos en llevar puestas en nuestra modernidad o postmodernidad (creo que lo que ahora viene es la posthumanidad), aquello que de veras ocurre a nuestro alrededor, y reflexionar sobre ello con un tono cordial que se nos ha hecho amigo: una mezcla de amarga constatación y esperanzada piedad, de melancólico asombro y sabia ironía. También recordar que la barbarie que los hombres hemos sido capaces y somos capaces de producir es mucha y está ahí mismo, aquí mismo, a la vuelta de cualquier esquina, y avi-

sar de que ningún progreso nos hace inmunes a esa barbarie sino que, es más, nos la puede acercar. Por eso, con las observaciones y reflexiones, los recuerdos y avisos de estos cuadernos –y también con sus magníficas y sin embargo sencillas descripciones–, Jiménez Lozano no cesa de pugnar para que esa «delgada película» que a veces nos separa de la barbarie y el encanallamiento ya desbordado no se acabe de romper del todo, sino que, al mantenerla en continua vigilancia, tal vez hasta podamos engrosarla.

Banalización moral

¿Y qué es lo que Jiménez Lozano ve que ocurre a nuestro alrededor? Un imparables desistimiento espiritual, una totalitaria politización de la vida y de las instancias más íntimas, una incesante banalización moral, la extensión de la ignorancia y la necesidad como algo deseable, un sofisticado arrumbamiento real de las gentes y los resortes críticos y, en general, una gran liquidación, ya en estado muy avanzado, de los saberes y modos antiguos, de la cultura clásica y bíblica o simplemente antigua, reducido todo a mera antigualla y objeto de rechifla. Nada hay más operativo para blindarse de toda crítica que arrogarse en exclusiva el patrimonio de la misma. Yo soy la Crítica, la Verdad y la Crítica, parece haber dicho la Modernidad (y, siéndolo, me da todo por igual, dice la Postmodernidad). No hay crítica fuera de Mí, sino que fuera está sólo lo criticable, lo criticable y el desierto.

Pues bien, Jiménez Lozano vuelve ese calcetín retórico del revés, saca pecho –o bien saca alegría, una alegría entera y anacrónica– y utiliza contra la

Modernidad los mismos artefactos retóricos y el mismo lenguaje que esta ha usado contra el mundo antiguo: la acusa de supersticiosa, de absoluta, de inquisitiva o tiránica.

Caza de brujas

Desde las ruinas del mundo antiguo, desde la confianza en que existe un lugar irreductible en el alma de la persona, ataca al espíritu de nuestra época denunciando una nueva caza de brujas, un nuevo índice de ovejas negras, una nueva y más sofisticada inquisición y una imponente maquinaria de imposición de ortodoxia o pensamiento único que nos encamina cada vez más de vuelta por los mecanismos totalitarios. «No hay otro aire que respirar», escribe, y vamos subiendo peligrosamente y enseñando a subir desde las escuelas y universidades «la escalera del odio».

No está solo el autor, sino en compañía de otros solitarios como Flannery O'Connor, Cervantes, Simone Weil, el arcipreste de Hita, Teresa de Ávila o bien esos otros guerrilleros críticos de la Modernidad como Benjamin, Adorno o Bloch, el otro flanco con el que parece haber entrado en una entente para atacar conjuntamente por ambas alas. También por supuesto de los hombres y mujeres de Port Royal y de Pascal, uno de cuyos libros resuena hasta en el título de esta nueva entrega de sus cuadernos de notas que algo tienen de diario, es cierto, pero no de lo que le pasa o siente un «yo» sino de lo que se ve y se oye, o más bien se atisba y se ausculta, desde una conciencia refractaria a las galas y las interioridades del espíritu del tiempo.

Impresiones provinciales. Cuadernos 2010-2014



José Jiménez Lozano. Confluencias, 2016. 165 páginas. 19 euros